



## CAPÍTULO UNO

Delia Merriweather no creía en la magia. Ni un poco. Pero, sentada bajo los manojos de hierbas aromáticas disecadas, atados con esmero y colgados de las vigas centenarias de la cocina de su abuela, tenía que admitir que todo se sentía bastante mágico.

El vapor subía en nubes y se propagaba por el ambiente mientras la abuela Maddie miraba con atención dentro de la gigantesca cacerola de agua hirviendo, que empañaba los gruesos cristales de sus lentes y hacía que su enorme halo de bucles plateados se enrollara y rebotara como un nido de serpientes.

Delia bebió un sorbo de té especiado para ocultar la sonrisa, porque su abuela parecía una Medusa de bolsillo con ceguera legal.

—¿Cómo viene la sopa?

La abuela Maddie apuntó con el rostro en dirección a la zona donde estaba Delia.

—¿«Sopa» dijiste?

Un lapsus desafortunado.

—Lo siento. Quise decir hechizo. ¿O es más bien una poción?

La abuela Maddie suspiró, decepcionada ante la pregunta de Delia, como si su nieta se hubiera olvidado de que Austin era la

capital de Texas o de que el tenedor iba a la izquierda del plato y el cuchillo, a la derecha.

—Es un hechizo que incluye una poción —dijo, exagerando la paciencia en el tono de su voz—. Esta noche hay luna azul. Me imagino que recordarás lo importante que es.

Delia ojeó el pequeño letrero que había colgado sobre el arco de la entrada de la cocina, que rezaba «En esta familia se dicen las palabras mágicas». Y no se refería a «por favor» y «gracias».

La mayoría de los habitantes del pueblito de Willow Root, ubicado en la región montañosa de Texas, consideraba que la familia de Delia era un poco inusual o excéntrica. El resto pensaba que estaban todas locas de remate. Porque la abuela y las tías abuelas de Delia se identificaban como brujas. Y no brujas estilo *new age*, no. Brujas de la vieja escuela, de las de sombrero en punta y gato negro. El hecho de que ninguna pudiera conjurar un hechizo de verdad o preparar una pócima eficaz o lanzar alguna maldición útil más allá de alguna palabrota cada tanto no alteraba aquella profunda creencia.

Su falta de magia, decían, se debía a un antiguo maleficio que una bruja malvada había hecho caer sobre sus ancestros. Esto era algo imposible de demostrar y, por lo tanto, una justificación perfecta.

Delia se levantó de la mesa de ciprés destartalada y deambuló hasta la estufa.

—Pasó mucho tiempo desde la última luna azul. Quizás me notes un poco oxidada.

El ritual del hechizo de la luna azul era un disparate terrible pero adorable, y no le hacía una pizca de daño a nadie. A Delia le encantaban las tradiciones estrafalarias que abundaban en tantos de los recuerdos de su infancia. Tal vez a ninguno de los demás niños los sacaban de la cama para bailar a la luz de la luna o para crear

círculos de hadas. Pero Delia no cambiaría un solo minuto de esos momentos ni por todo el dinero del mundo.

—Una poción es líquida —la sermoneó la abuela Maddie—. Se hace para consumirla.

A Delia le sonó el estómago al ver las cebollas y los dientes de ajo apoyados en la encimera. Había pasado un buen rato desde los tacos del desayuno, y no había almorzado por estar trabajando.

—El clima está ideal para... —Se contuvo de decir «sopa»—. Una poción calentita.

Los vientos del primer frente frío de la temporada habían soplado esa mañana temprano y habían traído consigo suéteres peluditos, especia de calabaza por doquier y, por supuesto... magia.

—Para nuestro hechizo, no sé si lo recuerdas, necesitamos...

Delia tragó saliva, incómoda, y su apetito disminuyó muy levemente.

—Hervir un inocente —respondió con rapidez, como si juntar las palabras fuera a disminuir, de alguna forma, su significado cómico pero horrible. La oración quedó flotando en el aire; un recordatorio de que todo era muy divertido hasta que alguien hablaba de sacrificio humano.

—¿Qué es más inocente? —preguntó la abuela—. ¿Una zanahoria o una papa?

—Me parece que empatan —sonrió ella.

Hacía mucho tiempo desde la primera vez que Delia había intentado lanzar el hechizo de la luna azul que debía romper el maleficio y devolverle la magia a su familia. De hecho, había sido al cumplir los dieciocho años, momento en el que, oficialmente, había (inserte comillas con los dedos) adquirido el poder de la Bruja Azul, una distinción prometedoras con la que había sido honrada por haber

nacido en luna azul y también por tener una marca de nacimiento en la nalga izquierda que parecía un pentáculo, entrecerrando un poco los ojos.

Aquel día, al regresar a casa después del festival de otoño del pueblo, habían encontrado una misteriosa nota que sobresalía de debajo del tapete de entrada.

«*Con la luna azul, despertará el poder de la Bruja Azul.*

*133.4 MER*

*p.32»*

Las había invadido el entusiasmo, porque esa misma noche había una inusual luna azul. La tía Thea identificó que los crípticos números y letras eran los datos catalográficos de un libro de biblioteca, así que se dirigieron a paso rápido a la Biblioteca Pública de Willow Root, donde, efectivamente, hallaron un libro de conjuros y pociones titulado *Clavis maleficium*, ahí nomás, en la estantería, a la vista de Dios y de todo el mundo.

Lo llevaron obedientemente al mostrador, donde Justine Tarte lo buscó en el sistema de la biblioteca, solo para descubrir que el libro no existía.

—Bueno, ¿qué hacemos? —consultó la abuela Maddie.

—No pertenece a la biblioteca —se lo devolvió Justine encogiéndose de hombros.

La abuela se lo acomodó bajo el brazo con disimulo, y se fueron a toda prisa.

Aquella noche, bajo una luna azul, Delia había abierto el libro polvoriento de tapas de cuero en la página del hechizo de la luna azul, solo para darse cuenta de que no sería capaz de romper el maleficio.

Porque la poción requería ingredientes mucho más abominables que patas de cabra u ojos de sapo, y de repente todo se había vuelto muy real y demencial e ilegal en los cincuenta estados.

Delia cerró el libro de un golpe y se estremeció del asco, y después de un momento de estupor y silencio, la tía Aurora por fin dijo lo que todas estaban pensando: «¿Qué se supone que hagamos, hervir un bebé?». A lo que la tía Thea, siempre tan pragmática, respondió: «¿De dónde vamos a sacar una cacerola tan grande?». Seguida de la proclamación de la tía Andi: «¡Pero yo soy vegetariana!».

Desde entonces, el resultado, «Poción de vegetales libre de bebés para la luna azul», se había vuelto otra adorada tradición Merriweather, si bien no era tan frecuente, puesto que el inusual fenómeno de la luna azul era, bueno, bastante inusual.

En algún momento, Delia había terminado dándose cuenta de que la magia no existía. Lo del libro había sido un chiste. Todos los habitantes de Willow Root sabían que las Merriweather se creían brujas, y alguien les había jugado una broma pesada y cruel.

La abuela Maddie tomó a tientas uno de los manojos de hierbas que colgaban de las vigas por encima de su cabeza y lo arrojó en la cacerola. Después señaló con un gesto las papas apiladas sobre la encimera y miró a Delia con los ojos entrecerrados:

—¿Quieres hacer los honores?

Una mancha en el culo era una mancha en el culo, así que Delia tenía que ser la que cortara la papa sacrificial. Justo cuando levantaba el cuchillo, la puerta trasera se abrió y luego se cerró con un golpe que dejó traqueteando el vitral de la ventana sobre el fregadero. La tía Thea entró a toda prisa, roja y agitada.

—Ay, por la Diosa, Madora. ¿De verdad empezaron sin nosotras?

—A las seis en punto es a las seis en punto —replicó ella con

antipatía, mirando su reloj pulsera—. Es importante hacerlo en el momento indicado. La magia está en los detalles.

—El demonio también —comentó Thea, se quitó el abrigo y lo colgó del respaldo de la silla. Thea era contadora, así que sabía de detalles—. Y hablando de demonios, hay un grupito afuera, coreando cancioncitas estúpidas.

Delia emitió un quejido. Desde que tenía memoria, los niños del pueblo se reunían afuera de la «casa de las brujas» a cantar y hacerles burla y, cada tanto, tirar huevos.

La casa, por su parte, colaboraba plenamente con su estado de abandono, aunque tenía una torrecita muy linda, que resultaba ser la habitación de Delia.

—Qué amorosos que son —dijo la abuela Maddie—. ¿Les diste algún dulce?

—Les solté una risa malévola —respondió Thea—. Y salieron corriendo.

—Qué divertido.

La puerta de atrás volvió a abrirse y cerrarse de un golpe, a lo que siguieron pasos fuertes y groserías mientras las otras tías abuelas, Aurora y Andi, quedaban momentáneamente atascadas en la entrada del recibidor, luego de lo cual irrumpieron en la cocina.

—¿Llegamos muy tarde? —preguntó Aurora sacudiéndose hojas del pelo—. Me muero de hambre.

—Recién empezamos —la tranquilizó Delia.

Andi se adelantó a su hermana melliza y alzó una bolsa verde que tenía la imagen de una escoba negra.

—Traje salvia de la tienda.

Andi y Aurora eran dueñas de una librería llamada La Escoba Torcida, cuyo inventario contenía aproximadamente un diez por

ciento de libros y, en palabras de la mamá de Delia, «un noventa por ciento de porquerías». Los estantes rebalsaban de objetos como cristales, mazos de tarot, incienso y, por supuesto, los tés y las hierbas medicinales de la abuela Maddie.

–Hay que purificar el ambiente –comentó Andi–. Antes de que Delia rompa el maleficio.

–¿Según quién? –preguntó la abuela.

–Según una sarta de tonterías *new age* –llegó una voz profunda y sensual desde la entrada.

–¡Mamá! –aplaudió Delia–. ¡Viniste!

–Oí que va a haber sopa –respondió Fiona Merriweather, con los brazos cruzados y una ceja arqueada.

Esbelta, rubia y elegante, tenía el aspecto de Glinda, la Bruja Buena del Sur, si Glinda estuviera un poquito harta y derrochara sarcasmo. Es decir, todo lo contrario del resto de las Merriweather, más bajas, corpulentas y alegres. Delia había heredado el pelo rubio, pero tenía los ojos de color marrón oscuro y, con su impresionante metro sesenta, le faltaba la altura de su mamá. En cambio, su cuerpo había decidido invertir metros cuadrados en pechos y caderas.

–Lo que habrá es poción –Delia le guiñó un ojo a la madre para acompañar el recordatorio amable.

Fiona se consideraba en recuperación de la brujería, así que no padecía estos rituales tan seguido. Hasta se había mudado de la casa, en un esfuerzo por distanciarse del tema. Pero, como a Delia, le costaba dejar a su familia.

–Cuantas más seamos, mejor –celebró la abuela Maddie–. Ah, y, Fiona, ¿sigue ahí afuera el gato de Hartwell? Le guardé un poco de atún de mi almuerzo.

–No se me cruzó ningún gato negro en el camino. –Fiona le dio

un besito en la mejilla—. Y, mamá, de verdad, no deberías alimentar a animales callejeros.

—No es callejero, ma —interpuso Delia—. Y, aunque lo fuera, no podríamos dejar que se muera de hambre.

—Sí —acotó la abuela—. Sobre todo, ahora que Hartwell partió... —Había un leve temblor en su voz, y la mujer pareció perder el hilo de los pensamientos.

Delia se acercó y estrechó suavemente la mano de la anciana.

Hartwell Halifax había sido el vecino de al lado desde que Delia tenía memoria. Hacía dos meses, había sufrido un ataque al corazón y había muerto, solo, en su casa. Desde entonces, habían intentado varias veces que el gato de Hartwell entrara y se quedara, pero él siempre se las arreglaba para escaparse de vuelta a su casa.

Antes de que la melancolía llegara a un punto más grave, Fiona soltó el bolso sobre la encimera y comentó:

—Qué problema. Mañana tengo una visita inmobiliaria y no hay ni una sola habitación preparada.

—Lo siento, mamá —se disculpó Delia—. Estuve ocupadísima toda la semana. Pero ya está todo ahí. Amy me va a ayudar a primera hora. La casa estará toda emperifollada antes de que llegue la gente. Te lo prometo.

—No habrás abarcado más de lo que puedes apretar, ¿no? —Fiona se cruzó de brazos.

—¿Es broma? Así se cumplen los sueños. Abarcando y abarcando hasta que se te dislocan los brazos.

—Qué impresión, querida —se metió la abuela Maddie. Señaló con la cabeza el cuchillo que sostenía Delia—. Sigue picando.

—Sí, señora.

Emprender un negocio nuevo era emocionante, pero también

mataba de agotamiento. Si lo sabría Delia, que lo había hecho como un millón de veces. Había abierto la Peluquería Canina de Delia, después de la cual había probado suerte como entrenadora personal, a lo que le siguió una corta temporada como «arreglatodo» (resultó que no sabía arreglar nada), hasta que lanzó Servicio Familiar de Limpieza Alegría y Pureza, donde ella era la única que trabajaba, y sin demasiada alegría. Algo había salido mal en todos y cada uno de sus emprendimientos, pero a este, Diseño y Decoración de Interiores Encanto Sureño, lo sentía diferente. Como una verdadera vocación.

Desde que era chiquita, a Delia la había obsesionado un poco ordenar el caos, en particular, el caos de su casa, que parecía armada con el foco puesto en todo lo contrario al feng shui. Al final, se había dado por vencida y retirado a la torrecita, a su habitación redonda, demasiado rosa y muy decorada, donde se pasaba horas mirando el canal de televisión Home & Health.

El año pasado, resuelta, se había inscrito a una carrera técnica virtual en diseño de interiores. Le había encantado y se había graduado con los máximos honores. Pero, por desgracia, le estaba costando convencer a los habitantes del pueblo de que la misma chica que hasta hace poco limpiaba sus hogares ahora estaba cualificada para decorarlos. Vivir en la casa de las brujas probablemente no ayudaba y, hasta ahora, la agencia de bienes raíces de la madre era su único cliente de verdad.

—Hablando de visitas inmobiliarias —Fiona se enderezó—, ¿adivina quién accedió a una?

—¿Quién?

—Trata de adivinar. Es la persona que menos te imaginas. —Guiñó el ojo y movió la cabeza en dirección a la Mansión Halifax, al lado.

—No puede ser. —Delia ahogó un gritito—. No estarás hablando del cretino. Y, ay, no lo puedo creer, ¿la vas a publicar tú?

Su mamá curvó la comisura izquierda de la boca y asintió.

–Estupendo.

–¿Quién es? –preguntó Aurora, y apartó con la mano el humo de la salvia—. ¿Y si derramamos su sangre? Quizás, lo que nos ha faltado todas estas lunas azules es la sangre de un cretino.

–No, no –negó Thea con las cejas arrugadas—. El hechizo pide la sangre del verdadero amor de una bruja. No la sangre de un cretino. A menos, por supuesto, que sean la misma persona.

–Un inocente hervido –Andi levantó un dedo y empezó a tildar los supuestos ingredientes—. La sangre del verdadero amor de una bruja. Y un espíritu irritado.

–Un espíritu *alterado* –la corrigió Thea—. No es lo mismo estar irritado que estar alterado.

Después de la sopa, seguía una corta pero dramática sesión espiritista, en la que intentaban provocar a los ancestros muertos con insultos. Sin dudas era la mejor parte de la noche.

–Hubiera jurado que necesitábamos algo enojado –dijo Andi.

–¿Y si lo que necesitamos es un cretino irritado? –preguntó Aurora—. Solo haría falta alguien con hemorroides.

–Las hemorroides explicarían el carácter de Max Halifax –resopló Delia.

Max Halifax era el sobrino de Hartwell. Había llegado a Willow Root poco después de la muerte de su tío para hacer la sucesión de sus bienes. Cuando Delia y su familia se habían acercado a la casa con una tarta de manzana (para ofrecerle sus condolencias y también porque eran chismosas), Max había abierto la puerta, sobresaltado, como un asesino serial al que acaban de sorprender descuartizando un cuerpo. Había aceptado la tarta y las condolencias como si le entregaran una citación judicial y luego... ¡había cerrado! ¡Sin siquiera invitarlas a pasar!

Desde entonces, Delia lo había avistado cada tanto por encima de la cerca, pero, cuando lo saludaba de lejos con la mano, amigable, él fingía que no la veía.

–Una creería que, habiendo heredado una casa así, tendría razones para sonreír.

–Por no mencionar el rostro apuesto –añadió su mamá.

–No lo había notado –se encogió de hombros Delia.

*Ojos color avellana enmarcados por pestañas negras, labios carnosos, una barba incipiente oscura en la barbilla partida y unos pómulos por los que se moriría cualquier chica.*

–Como digas, querida –sonrió la abuela Maddie.

–Entonces –la tía Andi alzó una ceja delicadamente–, es rico y apuesto.

–No empiecen –pidió Delia.

–Solo digo que, tal vez, la explicación para su antipatía se cure con un poquito de crema.

–Decir que ese chico es antipático es como describir a una serpiente de cascabel como un poco antisocial –acotó la tía Thea con una mueca.

–Quizás solo sea el duelo –insistió Andi.

–Ya sea un cretino con hemorroides que está de duelo o una serpiente de cascabel a la que alguien maldijo con modales horribles e imperdonables, me pidió que venda la casa –interpuso Fiona–. Y con suerte, le permitirá a Delia intervenir para que haga su magia con la ambientación.

¡Sí! Delia sintió un hormiguelo en la piel de solo pensarlo, literalmente. Amaba con locura la Mansión Halifax y soñaba con vivir ahí desde que era una niña. Hartwell había sido como un abuelo postizo, y ella había pasado allí gran parte de su infancia. Decorar la

mansión, aunque fuera solo para una visita inmobiliaria, sería una oportunidad increíble.

–Habla un poco raro, ¿no? –comentó Aurora–. ¿De dónde rayos vendrá? Apuesto que de algún lugar exótico.

En Willow Root, se consideraba que cualquiera que se expresara con un poco más de formalidad hablaba raro.

–Tal vez Delia pueda averiguar de dónde es –propuso la abuela Maddie.

–No me importa de dónde es –objetó Delia–. No tengo ningún interés en andar detrás de un rico malhumorado que está por irse del pueblo. Y, en cualquier caso, soy una Merriweather. Estoy contenta soltera.

–Tanto mejor –la abuela Maddie levantó un cuchillo–. Si alguien se enamorara de Delia, puede que tengamos que matarlo.